

Crónica de una vendetta

Álvaro Cotes Córdoba

Detalles del producto:

Copyright: Álvaro Cotes Córdoba
(Licencia copyright estándar)

Edición: Primera

Idioma: Español

Dimensiones (cm): 150 ancho × 210 alto

*A la memoria
de las víctimas
inocentes.*

La noticia de que un niño de apenas 13 años de edad había sido acribillado a tiros, mientras esperaba el bus de la ruta que lo transportaba todos los días a la escuela, llegó a nuestros oídos a través de un boletín de última hora, emitido por una de las emisoras locales. Enseguida salimos corriendo, el fotógrafo y yo, para cubrir la noticia.

Lo que me llamó de inmediato la atención fue saber el motivo por el cual había sido asesinado aquel menor de edad. Pensé por un momento en el supuesto de que, tal vez el niño, había sido muerto de forma accidental por alguna bala perdida. Sin embargo, cuando llegamos a la escena del crimen, vimos que el menor no tenía una herida de bala, sino varias y por diferentes partes de su delgado cuerpo. Lo primero que nos preguntamos fue: ¿Qué pudo haber hecho ese niño, para merecer una muerte tan violenta? Ni siquiera pudimos imaginarlo, mientras permanecemos aterrorizados frente al cadáver del infante, el cual yacía sobre el sardi-

nel donde había estado esperando momentos antes el autobús. Pudimos entrever una posible causa a lo que llegó la madre y quien apareció envuelta en un tormentoso mar de llantos. Gritaba de dolor y consternación, a todo pulmón: "por qué, por qué me lo mataron, si él no tenía culpa". El párvulo presentaba ocho tiros por diferentes partes de su frágil cuerpo. La manera tan cruel como había sido asesinado no guardaba ninguna relación con lo que allí se reflejaba. Las primeras versiones recogidas por las autoridades policivas, señalaban que el vil homicidio había sido cometido por dos hombres, quienes dispararon desde un auto. Algo insólito, por cuanto de esa forma daba a entender que era un caso de ajuste de cuentas, como si el pequeño le debiera a alguien algo. Pero todo se aclaró después, a lo que su progenitora se tranquilizó un poco y empezó a hablar con los policías.

La inconsolable mujer contó su versión. Dijo que todo se debía a una retaliación por una vendetta ocurrida durante un reciente pasado, cuando el padre de su hijo y su familia entera, los Cárdenas, sostuvieron con otra familia una 'guerra' a muerte que, al parecer, se había producido por un problema de deshonor. Confirmó

el nombre de su hijo: Hugo Nelson y el de su padre, José Antonio, también conocido como Toño y quien junto con sus hermanos y padres, yacían muertos. A los investigadores que por esos instantes escuchaban las sorprendentes revelaciones de la angustiada mujer, porque no eran de la ciudad y sólo llevaban en la institución dos años de servicios, aquéllos nombres mencionados por la madre adolorida no les dijo nada en absoluto, pues era la primera vez que los escuchaban y aunque parecía mentira, nunca habían sabido sobre la nombrada vendetta, pese a que había terminado cinco años antes, es decir, en 1984. Sin embargo, cuando me enteré de la versión de la sufrida señora, supe enseguida a lo que se refería, porque había vivido en carne propia la inolvidable matazón durante los 11 años en que se desarrolló en Santa Marta, pues residí por ese largo período con mis padres y hermanos en el mismo sector donde habitaron los Cárdenas y en el que se registraron, en su mayoría, los atentados que ocasionaron la extinción total de esa familia.

La vendetta se inició en 1970, en el municipio de Dibulla, departamento de La Guajira, pero se desarrolló y tuvo su cruel desenlace en Santa Marta, a partir de 1973, cuando por el enton-

ces la ciudad era más pacífica, no tenía mucho tráfico vehicular y la gente no se enojaba tan fácil como hoy en día. Las riñas que se presentaban no pasaban de los puños y las veces en que se producía un crimen, los habitantes se alarmaban y duraban hablando del asunto más que ahora, cuando al día siguiente otros hechos atroces sepultan los del día anterior. No existían celulares, Internet y menos computadores. Los teléfonos fijos, los radios portátiles y los bíperes, eran los medios que la gente utilizaba para comunicarse entre si.

Uno de los sectores más tranquilos de la ciudad en ese entonces era su zona céntrica, en donde además de funcionar por allí varios almacenes, existían y aún siguen existiendo, los edificios de la policía, del cuerpo de bomberos voluntarios, de la gobernación y alcaldía. Pero en el mes de octubre de ese mismo año dejó de ser un remanso de paz, porque durante ese período se mudaron en la misma zona de la ciudad los Cárdenas, procedentes de La Guajira. Era una familia numerosa, conformada por una madre y un padre, la señora Digna Ducad y el señor Alcibiades y sus ocho hijos: Roberto, Antonio, Ulises, Francisco, Melva, Albenis, Alcibiades y Maribeth, al igual que tres nietos: